

El espacio público como derecho a la ciudad. Un recorrido por el patrimonio del Centro Histórico de Quito

Sonia Cueva Ortiz*

Resumen

El Centro Histórico de Quito toma parte en las acciones de *recuperar* el espacio público, pero el espacio recuperado parece ser un espacio prácticamente anulado, pre programado por las entidades que intentan recuperarlo, especializándolo, y/o restringiéndolo. Siendo recurrente preguntarnos: ¿Han sido efectivas las políticas de recuperación del espacio público aplicadas en el centro histórico de Quito en términos de democracia, inclusión de la ciudadanía y derecho a la ciudad? ó es que intentamos reconstruir un espacio público sin considerar la heterogeneidad de sus usuarios, la diversidad de funciones, ni la dinámica en que se insertan los nuevos centros urbanos. Esta es la pregunta que se intentará resolver como eje fundamental del presente trabajo, extrayendo las políticas implementadas, contrastándolas con las acciones materiales y analizándolas dentro del contexto actual en que se inserta el centro histórico, evaluando las políticas y sus efectos en la recuperación del espacio público. Analizando cómo en centros patrimoniales como el centro histórico de Quito, pueden contribuir y/o interferir otras políticas, en este caso las de orden patrimonial a la recuperación de su espacio público, determinando el direccionamiento de la intervención y el protagonismo de la intervención del Estado, el mercado y la sociedad.

Palabras clave: Inclusión ciudadana, plazas, derecho a la ciudad, democracia.

* Arquitecta. Maestra en Desarrollo de la Ciudad por Flacso Ecuador. Fue investigadora del Instituto de la Ciudad de Quito.

Abstract

The Historic Center of Quito takes part in the actions to *recover* the public space, but said space seems to be a completely cancelled place, pre-programmed by the institutions that are trying to recover it, specializing it and/or restricting it. It is worth then asking: Have the policies of recovery of public space applied in the historic center been effective in terms of democracy, inclusion of the citizenry and right to the city? Or is it that we are trying to reconstruct a public space without taking into consideration the diversity of its users, the diversity of functions or the dynamic in which new urban centers are inserted? These are the questions that I will attempt to answer as the main focus of this article, extracting the implemented policies, contrasting them with material actions and analyzing them within the present context in which the historic center is placed, evaluating the policies and their effects in the recovery of public space. I analyze how in heritage centers like Quito's historic center, other policies can contribute or interfere, in these case heritage policies, in the recovery of public space, determining the direction of the intervention and the prominence of the intervention of the State, the market and society.

Keywords: Citizen inclusion, squares, right to the city, democracy.

Introducción

En el Centro Histórico de Quito (CHQ), entre 2000 y 2004, el gasto por persona subió de 33 a 192 dólares, invirtiéndose sólo en ese periodo 125 millones de dólares (Samaniego, 2007), y reubicando a 4.746 comerciantes informales con la intención manifiesta de devolver el espacio público a la ciudadanía. En base a estos hechos, resulta pertinente preguntarnos: ¿Han sido efectivas las políticas de recuperación del espacio público aplicadas en el CHQ en términos de democracia, inclusión ciudadana y derecho a la ciudad?

La sociedad ha perdido espacios de formación y consolidación social, evidenciándose la tendencia a la individualización que se ha apoderado de las grandes ciudades y que invade fuertemente las sociedades latinoamericanas. La necesidad de fortalecimiento social se intenta aliviar con el resurgimiento del espacio público, pero las acciones que se realizan toman caminos distintos en función de los intereses de los diversos actores que participan en la intervención.

En determinadas obras de recuperación, se le otorga al espacio características más privadas que públicas. Ejemplos de ello tenemos en el

Malecón 2000 de Guayaquil, el parque Itchimbia de Quito, entre otros. En dichos lugares de alguna forma “se reserva el derecho de admisión”, se restringen usos, se vigilan acciones. No obstante, nos preguntamos: ¿Siguen siendo éstos espacios públicos? ¿Justifican las causas estas actuaciones? ¿Están siendo efectivas las relaciones causas-efectos? El espacio público en cuanto “fuerza social” no debería ser tratado con la mecánica que implica “acción y reacción”. Es necesario, por tanto, analizar estas actuaciones, en este caso en relación al CHQ, para contribuir a la certeza de que las necesidades del ciudadano, dentro de la sociedad a la que pertenece, son las protagonistas en las políticas de rehabilitación¹ del espacio público.

En centros como éste, en donde la centralidad ha pasado a ser de interés patrimonial, las políticas que dominan son de índole superior, sometiendo el espacio a intereses internacionales y a objetivos que, si bien en algunos aspectos coinciden, en mucho interfieren con la políticas de interés local y de recuperación del espacio público en términos de democracia, inclusión ciudadana y derecho a la ciudad.

Para el presente estudio se define al espacio público como el lugar donde confluyen cuatro componentes: lo simbólico, lo simbiótico, el intercambio y lo cívico (Carrión 2007), atravesado por la heterogeneidad; en el nuevo contexto de la ciudad informacional, de flujos y lugares; de lo local y lo global, definido por Borja y Castells (1998).

La metodología utilizada es el estudio de casos. Por ser la plaza el lugar de máxima expresión del espacio público, se analizan cuatro plazas del CHQ: Plaza Grande, San Francisco, Santo Domingo y Plaza del Teatro, las mismas que se escogen por su representatividad en la actuación que se analiza. Para definir las variables de medición, se establecieron parámetros bajo los cuales se considera efectiva a la recuperación del espacio en estudio. Así, partiendo de Carrión y los cuatro componentes, se inserta la heterogeneidad como un componente transversal. Estableciéndose tres ejes: 1) lo físico-espacial, 2) lo institucional: políticas, normas y control,

1 Se prefiere usar el término *rehabilitación* sobre *reconstrucción* o *recuperación*, por cuanto con ello se valoriza el hecho de habilitar un lugar nuevamente, indistintamente de si para ello es necesario recuperarlo (volver a tener algo perdido) o reconstruirlo (construir nuevamente).

y 3) lo social. Estos ejes y la medición de sus componentes se realiza aterrizando los conceptos, en indicadores cuantificables. La medición se realiza a través de encuestas, entrevistas, observación directa, y revisión documental; la determinación de la muestra es diversa, según: el eje que se analiza, su componente y su indicador (Cueva 2008).

Espacio público: ¿nostalgia o necesidad?

¿Es el espacio público realmente necesario o se lo debería dejar atrás, con el natural curso de transformación de la ciudad? Esta pregunta sigue en pie, aunque haya sido ya planteada. Las nuevas ciudades, con las sociedades que las habitan, están inmersas en un nuevo y complejo ciclo que difícilmente hace uso del espacio que conocemos como público (espacios como la calle, la plaza...). El día del ciudadano de hoy gira en torno al trabajo, tal vez unas horas de estudio, permiso para alguna gestión, escasamente el hogar, y el nuevo día, fin de semana de compras y la casa. Si acaso hay otra actividad, es concertada tras una cita vía celular, en alguno de esos lugares más privados que públicos, o en todo caso en algún lugar tranquilo. Así el ciudadano es parte del apresurado flujo, que tiene lugar en las calles y plazas de la ciudad.

Tanto las nacientes generaciones como los grupos hasta hoy marginados rápidamente ganan acceso a las nuevas formas de comunicación e información y debe garantizárseles esto. Aunque en América Latina aún sea deficiente este camino, no se puede pensar en un espacio para los excluidos -segregación-, en este sentido, la sociedad, antes que tener un *lugar*, debe tener un *espacio*², debe percibirse parte del todo, potencialmente conocedor de lo que conoce el otro, con posibilidad de insertarse a la nueva realidad, al mundo, a lo global, aunque aún sea de forma inci-

2 En adelante se hace una diferenciación al hablar de *flujos*, *lugares* y *espacios*. Siguiendo a Borja y Castells (1998), se entenderá por *flujo* al intercambio que hace uso de las nuevas tecnologías de información y comunicación, como *lugar* a zonas netamente físicas, territoriales (es decir, con una presencia material, sea ésta pública o privada), y *espacio*, desligado del territorio, en un sentido más bien conceptual: se podrá hablar tanto de *espacio de lugares* como de *espacio de flujo*. El espacio público, por tanto, es más un espacio conceptualizado que debe cumplir con pará-

piente. Si pensamos en el espacio público, no podemos pensarlo fuera de esta dinámica, pues eso significaría hacer un espacio o bien sectorizado o bien destinado a embarcarse en la actual disolución.

Si pensamos la sociedad actual, integrada a la que se va formando en la red o se va ubicando en ella, quizá encontramos que se forma o se refleja no solo la sociedad, sino la complejidad de la ciudad en sí, ya tenemos a Castells llamándola “ciudad informacional”, con áreas privadas y áreas públicas, con formas de exclusión mucho más marcadas –aunque menos sentidas–, con espacios para el trabajo (para desarrollarlo, ofertarlo o demandarlo), con espacios para el comercio, servicios, diversión y todos con sus innovaciones y variedades. Pero aunque se vaya configurando como un *espacio* de encuentros, de intercambios, de actividades y de flujos; no logra absorbernos en su totalidad, porque además de pensamiento, razón, emoción, somos materia, somos seres con una representación física con necesidades de conocer a través también del tacto, del olfato, de lo directamente físico, y por lo tanto necesitamos un *espacio de lugares*.

Posiblemente se pueda sentir que para los niños ya no es imprescindible el parque, la calle. A este espacio lo han reemplazado por los juegos de video, juegos en diversos tipos de máquinas. Estos pueden incentivar mucho su creatividad, aumentar su conocimiento, su memoria y sus destrezas, incluso a través de ellos pueden conocer la naturaleza: con sus texturas, sonidos y colores, o pueden explorar la ciencia: hacer experimentos, equivocarse mil veces y volver a intentarlo, sin gastos extras, ni dolores. ¿Necesitan cambiar de actividad? Sí, pero la variedad de actividades bien podría moverse en una diversidad de espacios tecnológicos privados: jugar en red con sus compañeros de escuela, amigos o primos.

Pero, aún estamos los que jugamos en el espacio abierto, los que podemos llevarlos a conocer y disfrutar el espacio real, el espacio en directo: el parque, la naturaleza, el río, la montaña, la rana, la tierra, la calle... el jugar con otros niños sin tener en medio la tecnología. Pero cada vez, con menos tiempo para ello. En realidad, forzamos el camino y rompemos esa

metros planteados sin que esté necesariamente ligado al territorio. De ahí que constantemente se notará una diferenciación entre plaza y espacio público, en donde el primero no necesariamente contiene al segundo, aunque es un espacio público en potencia.

extraña culpa, pero ¿Por qué no dejar y canalizar el *rumbo natural* que podría acoplarse mejor a nuestras vidas? ¿Por qué oponernos a ello?

Individualismo: ruptura de las sociedades

Necesitamos conocernos, sentir lo que vive el otro. Eso no puede lograrse a través de un texto o un video, a través únicamente de la vista y el oído. El cine lo ha intentado, y ha logrado mucho, pero aún así no logramos sentirlo real –no lo sabemos real–: nuestro subconsciente nos mantiene conscientes del montaje. Los noticieros nos permiten conocer (razón) pero no sentir (emoción). El problema no lo determina el medio por el que conocemos, si no lo lejanos –emocionalmente– que nos sentimos de la otra gente. Necesitamos, pues, “conocernos”.

Vivimos en países que, de no establecer un mínimo acuerdo social, se irán sumiendo cada vez más en la pobreza, en medio y a la vista de todos. Necesitamos sentir al otro, conocer al otro, al diferente, al que no es afín, al que parece totalmente distinto. Necesitamos escuchar del lustrabotas de 11 años que *este año no pudo estudiar porque a su mamá no le alcanza, pero que está trabajando, que los miércoles no son buenos, que algunos guardias si lo dejan trabajar, que le va bien y que espera volver a estudiar*. Conversar con el señor que lleva escondido, en un viejo portafolio, unos discos que se esmera en ofrecerlos a todo el que pasa, y ver al que pasa esquivarse con miedo³. Ver la solicitud en la oficina de espacio público, solicitando permiso para vender caramelos en las plazas, y la respuesta que sugiere comprar un puesto en los centros comerciales. Necesitamos hablar, entendernos, sentir.

En el nuevo espacio (el espacio virtual), es mucho más fácil excluir, formar las que se ha dado en llamar tribus urbanas. Ahí no converso, ni pierdo mi tiempo con el que no se parece a mí. Buscamos siempre afinidades. Es más fácil separarse del que piensa distinto, no volver a saber nada de él, no tener que compartir nada con él ni aprender a respetarlo. Simplemente se lo deja fuera, se lo bloquea o hasta se lo elimina, si se

3 Entrevistas y observación directa en la Plaza Grande de Quito (2008).

quiere: es la facilidad de la red. Por otra parte, la tendencia al individualismo se fortalece, dominada por los intereses privados. El individuo al salir de su hogar, tiene como lugar de destino los espacios comerciales o de servicios, espacios que provocan necesidades materiales continuas, infinitas, en donde lo que se avizora como la felicidad está siempre vinculado al consumo. Se desvaloriza de esta manera la sociedad, la convivencia: todo queda subordinado a la posibilidad de elevar el nivel de consumo.

Entrar en esta dinámica hace que cada quien mida su tiempo en función de sus intereses individuales –que a lo mucho se encapsulan en su familia inmediata–, destruyendo así la sociedad, la comunidad. El sistema capitaliza en que vivimos, revaloriza lo privado sobre lo público. Las experiencias han demostrado que esto siempre termina favoreciendo a grupos muy reducidos, mientras la gran mayoría no trabaja realmente para su bienestar, sino para el bien del otro. Los salarios –con los que población intercambia, su trabajo, su tiempo, su vida– son muy reducidos, y son pocos los realmente beneficiados. No es que lo privado sea malo, sino que lo público no puede ser relegado en beneficio de lo privado. La sociedad necesita fortalecerse, la sociedad necesita el acuerdo y la lucha por lo público.

Es avizorar lo que vendría, lo que nos hace oponer a simplemente canalizar ese, que se ha llamado *rumbo natural*. Pues esa individualidad que genera, trae consigo graves consecuencias sociales.

Espacio público y globalización

Si pensamos en la ciudad actual, en los nuevos sistemas de información y comunicación, nos encontramos con una silenciosa y veloz reestructuración del capitalismo. Las nuevas tecnologías de la información y comunicación TIC están consiguiendo la globalización de todos los espacios, incluso de los que a ella se resisten De Mattos (2006). Ello conlleva el fortalecimiento del capitalismo, en el cual prima el interés particular sobre el público, en donde prevalece la rentabilidad sobre el desarrollo grupal, frente a éste encontramos a la sociedad: una sociedad que está fuera de esos beneficios, en la que la mayor parte de la población –de manera espe-

cial en Latinoamérica— apenas logra vivir sobre la línea de pobreza, con suerte si al menos logra ser explotado por el grupo privilegiado del capitalismo.

Y bien, en este contexto, ¿cuál sería la función del espacio público?, de un espacio que la gente recuerda, pero no asiste, del que la gente gusta, pero en el que tiene miedo de estar, un lugar en donde están los que no tienen en dónde estar, los que no tienen qué hacer⁴. El papel de la plaza, se ha visto debilitado porque su carácter de espacio público se ha diluido en el espacio de flujos⁵, en la sobrevaloración del mercado, en mirarla desde lejos cuando se piensa en recuperarla, sin percibir las interacciones del espacio público a escala humana.

Borja y Muxi (2003) ven en la plaza a la ciudad misma, cuando dicen que las calles son la ciudad, que la ciudad es la gente en las calles. El espacio público es para la ciudadanía, el espacio de encuentro, de intercambio, de socialización, de cultura, de forjamiento de grupos e ideales. El espacio público, muchas veces se ve invadido o violentado al no comprenderse que el carácter de espacio público, va más allá de lo físico, del lugar, aunque se necesite de él (lo físico) para encontrarlo, representarlo y fortalecerlo.

¿Cuál sería, entonces, la función del espacio público? Se necesita vivirlo para comprender. Ya hemos oído a Baudelaire cuando habla de la bohemia y el fervor de los manifestantes (Benjamín, 1998), del ejemplo del manifestante de París que dice haberse sentido por primera vez ciudadano en una protesta en la calle (Borja, 2003), de cómo la gente en la calle, en manifestaciones y luchas de reivindicaciones, se siente ciudadana, se siente “unida al otro”. No se puede desconocer la fuerza y cohesión que adquieren las sociedades cuando están juntas, cuando comparten, cuando luchan juntas, cuando sienten lo que el otro siente. En ese sentido Carrión (2006) destaca el fútbol, Núñez (2007) estudia el Quitofest. La

4 Esa es hoy la percepción de la plaza. Plaza de San Francisco: desempleados, trabajadores ambulantes, indigentes, turistas y gente de paso. Plaza de Santo Domingo: alguna gente de paso, trabajadores de la calle, desempleados, trabajadores ilegales (droga y prostitución), indigentes y turistas. Plaza del Teatro: trabajadores de la calle y gente de paso.

5 Flujo en este caso, no en el sentido de Castells, que está muy vinculado a lo virtual, sino más bien vinculado al lugar, se refiere al paso continuo, al tránsito.

gente se identifica con el otro, a través del fútbol, el rock, la manifestación, la ópera, el arte visual. En otras palabras, la gente se une a través de una “emoción estética”, que la encuentra en distintas partes y que Nietzsche la describe cuando habla del arte⁶. Compartir esta emoción estética fortalece los lazos, pero ¿Por qué en el espacio público? La respuesta es clara: por la posibilidad de la heterogeneidad y –como dirían, desde distintos ángulos, tanto Borja como Nietzsche– porque es ahí en donde la sociedad se representa⁷.

En el fútbol, la ópera, la exposición de arte, el concierto de rock, la misa de sanación, etc. los lazos se fortalecen. Por su parte, la especialización, ámbito en el que se desenvuelve el espacio privado, siempre estará limitando la heterogeneidad. Al espacio público tienen acceso todos y están invitados todos⁸. Parece ser que la clave del espacio público es la heterogeneidad a nivel de composición social y actividades. Se busca en él un espacio para los diversos grupos. Se lo piensa, además, como un espacio formado por una superposición de esferas que envuelven al ser humano: lo simbólico, las actividades cotidianas con sus conocimientos y afectos, el intercambio y lo cívico. En otras palabras, se trata de heterogeneidad, una heterogeneidad que, además, no puede perder de vista lo local dentro del “hoy”, dentro de lo global.

El espacio público es el aliado de la sociedad frente al individualismo, plataforma del capitalismo. Cuya forma acrecentadora de las brechas económicas lleva a la destrucción de las sociedades.

De aquí la importancia de medir la calidad del espacio público luego de las intervenciones realizadas en el CHQ, considerando, además, que buena parte de las intervenciones se realizaron a nombre de recuperar el espacio público.

6 Nietzsche (2004) define esta emoción como un estado de embriaguez, de éxtasis.

7 Nietzsche quizá vería a la ciudad, con su espacio público, como al arte: vería en esa representación a Apolo (forma). Borja (2003) ve ahí a la ciudad, con su heterogeneidad, con sus distintas verdades.

8 Aunque no todas las plazas parecen invitar a todos cuando se especializan, cuando restringen accesos, cuando se ha debilitado el sentido de espacio público.

Entre patrimonio y espacio público

Centralidad... Si enlazamos los estudios del patrimonio con los de espacio público, podríamos decir que es la centralidad el punto en que estos dos convergen⁹. Carrión (2007) habla de la centralidad como característica indispensable para la sostenibilidad del centro patrimonial, para mantenerlo vivo. Se refiere a la importancia de no desligarlo del presente para no romper su valor ni cortar bruscamente la historia que contiene. Borja (2003), por su parte, habla de espacio público como el punto formador e integrador de centralidades, como un espacio necesario para los puntos neurálgicos de la ciudad, en donde se fortalece la memoria social. A la vez, destaca que un espacio público es tal en cuanto se le da un uso colectivo.

Pero ¿Se puede separar el concepto de plaza del de espacio público? Si se concibe a la plaza únicamente como el espacio abierto, libre de construcciones, con sus características predominantemente físicas, ya que el espacio público representa no solo lo físico, sino también lo que hay detrás, el sentido, en donde tiene cabida lo simbólico, lo simbiótico en cuanto vida, lo intangible, lo que se consume, lo cívico en cuanto luchas, reivindicaciones, afectos, apropiaciones, vida. El espacio público es lo que trasciende, lo que pasa. En otras palabras, el espacio público necesita de lo físico sin ser estrictamente físico, pues necesita complementarse, ir más allá de la concepción jurídica o del urbanismo desarrollista como el espacio residual o de conexiones.

Entonces, si el espacio público es un espacio para la sociedad y ésta transforma drásticamente su estilo de vida, ¿puede el espacio público permanecer casi estático, sin separarse de ésta?¹⁰ No hay posibilidad. Si bien quiere canalizar sus movimientos, debe ir a su velocidad, debe acoplarse al presente, proyectarse al futuro, no aferrarse inmóvil a su pasado. Debe rescatar solo su visión, su misión. Sin miedo al integral cambio que pueda requerir su apariencia¹¹, su manera de hacerse visible, de contener y rela-

9 Entendemos la centralidad como un espacio donde convergen las actividades neurálgicas de la ciudad, donde se desenvuelve la vida, donde se construye el presente.

10 Pensemos en que los cambios que vemos en las plazas no van más allá del tamaño, el trazo, el material o el "decorado", aspectos que modifican sus usos, pero dentro de la misma concepción de interacciones.

11 *Apariencia* en el sentido que Nietzsche (2004) ve a Apolo en el arte, al hablar de la necesidad de la forma, de la necesidad de la apariencia.

cionar los diversos grupos, de aprovechar incluso la heterogeneidad que nos ofrece la globalidad, pero con un planteamiento que ante todo sea una verdadera alternativa a la individualidad. No es pretensión de la presente investigación proponer una solución al respecto, sino definir el problema que ya avizora Castells (1995) en la ciudad informacional, planteando el reto a los encargados de lo físico¹².

Borja y Muxi (2003) se preguntaron si espacio público no es más que una melancolía de urbanistas maduros. Estoy segura, como ellos, que no. Castells desarrolla el tema de la ciudad informacional, del espacio de flujos. Así mismo, junto a Borja, habla de la necesidad del *espacio de lugares*. Pero es importante analizar si este espacio tradicional está propiciando estas relaciones: relaciones entre las nuevas generaciones, entre las nuevas e imparables redes sociales virtuales, entre los que más han explorado la ciudad informacional.

Si el problema no son las TIC, sino los caminos que éstas van tomando, modifiquemos esos caminos. Tomemos el problema de frente: la plaza es un espacio potencialmente público, me uno a Borja, pero insertándolo en esa ciudad informacional que desarrolla Castells, quizá en una suerte de “transición entre el lugar y el flujo”, en donde la tecnología nos va a dar más ventanas que obstáculos, y donde el espacio público vuelve a ser un espacio de heterogeneidad acorde a la realidad actual.

Es necesario entender las limitaciones del actual espacio público, verlas sin miedo, sin pretender soluciones apresuradas. Ver tan solo vemos el problema, difundirlo, plantear inquietudes. La solución vendrá luego. No se puede estatizar el espacio público por miedo. Habrá que probar y fallar mucho, pero este espacio necesita, pide una innovación. Más aún si hablamos de los centros históricos, en donde las edificaciones son una resistencia al cambio y la creatividad requiere altas sumas para rehabilitar, en donde el comercio tiene escondidos sus productos¹³ y la rutina diaria no se alivia en un cuarto que, aunque monumental, nos priva de la vida que aporta la luz natural, la frescura del aire constantemente renovado.

12 Lo físico, como se analiza en el presente trabajo, es propiciador o condicionante directo de lo que pasa en las plazas, aunque no la causa única.

13 Esto cuando los estudios de *marketing* aseguran que la mayor parte de las ventas las hace el hecho de mostrar: es el gran escaparate el que incita la compra.

Los cafés, los restaurantes en el CHQ se ven como una suerte de lo que Calinescu (2003) describe como el *kitsch*: un intento mal logrado de hacer parecer antiguo lo que no es, con una generalidad de espacios que más muestran pobreza que historia, mal gusto que sencillez. No se logra ver una sencillez desnuda, sino una pobreza disfrazada de lo que no es.

Sin embargo, hay espacios especiales, maravillosos, en donde hasta los elementos nuevos destacan el exquisito pasado que encierran. Está el Teatro, el Centro Cultural Metropolitano, las iglesias, algún hotel, algún café o restaurante, alguna casa. En esos espacios, entrar, pasear y vivir no es sacrificar el presente, es transportarse a una época de grandeza, de nostalgia, de identificación con el pasado, de fuerza. Algunos de estos grandes ejemplos son parte de los cuatro rubros que se han llevado el 72,3% de los ingresos de la Empresa del Centro Histórico (ECH) (Samaniego, 2007: 231).

Hay contradicción. Por un lado, se habla de buscar un espacio público en aras de la democracia, en una sociedad mayoritariamente pobre. Por otro, vemos joyas en las que se invierten altas sumas de dinero en busca de un potencial turismo que beneficia de manera directa y real a otro fragmento social¹⁴. El centro histórico es invaluable: lo dice la Unesco, lo dice la gente que lo habita, lo ratifican profesionales, artistas, científicos y sociólogos; lo dice, paradójicamente, el pueblo latinoamericano, que si bien vive envuelto en pobreza, es muy afín a sus afectos. Es interesante escuchar a los comerciantes del centro histórico que hablan de lo invaluable que son lugares como San Francisco y Santo Domingo, así como de lo beneficioso del turismo, cuando ninguno de sus clientes es turista. Es curioso lo identificados que se sienten con el centro histórico y su reconocimiento como centro patrimonial, aunque su situación económica, en el mejor de los casos, no ha cambiado por ello.

Dentro de este estudio, como se indicó en la metodología, se analizaron cuatro plazas. Aquí se resume el análisis en una de ellas, en uno de los tres ejes desarrollados. Siendo el resultado de las cuatro (Cueva, 2008) el que fundamenta el presente artículo.

14 Dichas "joyas" son ciertamente invaluable, y ciertamente más trascendentes que el paso continuo y disoluble de las sociedades (pues a veces es eso lo que parece insinuar la riqueza de los centros históricos en las ciudades latinoamericanas: una joven madre con escasez básica, envuelta en un exclusivo Dolce & Gabbana justificado por una larga historia).

Análisis eje físico espacial: la Plaza Grande

Componente 1. Lo simbiótico; indicador: accesibilidad

En cuanto accesibilidad, las plazas contienen especialmente al usuario del transporte público, esto es en el caso del CHQ: los sectores más pobres, más cierta parte del nivel económico medio, que se atreve a dejar su vehículo privado y tomar el transporte público. El transporte privado en el sector está conformado mayoritariamente por la otra parte del nivel medio, que prefiere hacer uso de un vehículo privado, y algunos miembros de los más altos niveles económicos que están obligados a acceder, por encontrarse ahí su lugar de trabajo. El programa de peatonización ha cambiado el acceso los domingos y los días de fiestas de la ciudad, restringiendo el acceso vehicular y permitiendo el acceso de transporte privado únicamente por la ruta que comunica a los cinco estacionamientos del casco histórico, de los cuales uno se ubica a unos doscientos metros de la Plaza Grande.

Dentro del programa de peatonización del CHQ, la administración de la Zona Centro organiza todos los domingos programas de carácter artístico-cultural, siendo esta plaza uno de los principales escenarios. Dichos programas se realizan de 10h30 a 13h00 y se componen generalmente por presentaciones de títeres, danza, música, talleres para niños y teatro. Se presenta una accesibilidad desigual, según los grupos poblacionales. Accesibilidad que quizá no es propiciadora de esta segmentación, sino más bien resultado de una tendencia observada con anterioridad. El espacio público ya no es diseñado ni programado para todos, sino para el grupo que se siente que lo demanda, el grupo más pobre, como una forma de aceptación de la homogenización, en complicidad con la fragmentación de la ciudad¹⁵. Pero, ¿es acaso esta aceptación una buena práctica de la recuperación del espacio público? ¿Para quién lo recuperamos? ¿Es válido crear un espacio para los *marginados* y llamar a ello *recuperación del espacio público*?

15 Como lo anota Borja (2009), la fuerte desigualdad social existente en América Latina conlleva una resistencia de las clases medias y altas a mezclarse con los sectores de ingresos bajos.

Componente 2. Lo simbiótico; indicador: mobiliario urbano

Las sillas de la plaza acogen a casi trescientas personas. Existen cuatro estancias para veintiún personas, además de caminerías iluminadas dotadas de basureros y protegidas de la circulación vehicular con mojonos. Las sillas tienen dimensiones ergonómicamente adecuadas en medidas para adultos, aunque están hechas con materiales duros. Están medianamente protegidas del sol y podría decirse que prestan una confortabilidad mediana a sus ocupantes. Es necesario hacer notar que las condiciones de mobiliario se estudian desde la ergonomía para medir/controlar los tiempos de estancia según los requerimientos de los distintos ambientes arquitectónicos. Las sillas se disponen generalmente en hilera, respetando y/o propiciando el individualismo de sus ocupantes. Las cuatro estancias que posibilitan la comunicación grupal casi se desintegran por presencia de una pila central, volviendo entonces a la hilera.

Fotografía 1
Silla de hormigón. Disposición en hilera
(Plaza Grande)



Fuente: Elaboración propia

Las políticas actuales de uso del espacio público en Quito permiten a los ocupantes hacer uso de los bordes de las jardineras, en donde generalmente reposan un promedio de doscientas personas, al menos durante los minutos que la incomodidad lo permite.

Componente 3. Intercambio

Los comercios y servicios en los alrededores de la Plaza Grande se pueden clasificar en tres grupos: las artesanías bajo el Palacio de Gobierno, las covachas bajo la Catedral y el centro comercial del Palacio Episcopal.

El primer grupo está obligado a mantener artesanías: frente a la pregunta de si cambiarían el tipo de producto que ofrecen, 5 de 7 dijeron que sí, uno que no y uno no respondió. Se hizo la pregunta tras descubrir que sus ventas diarias cotidianas oscilan entre cero y cuarenta dólares. Las covachas, por su parte, tienen la percepción de haber sido afectadas a partir de 2005 por la creciente delincuencia –dicen–, pues ello ha reducido el número de clientes. El caso del centro comercial del Palacio Episcopal (edificación cuya rehabilitación lo adopto a los actuales centros comerciales) presenta una situación totalmente distinta a los espacios de comercio alrededor de las cuatro plazas en estudio, llevando la delantera tanto en número de clientes como en rentabilidad.

En lo que se refiere a comercios y servicios fijos en el espacio público, existen once lustrabotas, tres vendedores de caramelos y un puesto de revistas. Las condiciones de los lustrabotas, que trabajan 10 a 12 horas diarias en puestos ergonómicamente inadecuados, tanto como la situación de los carameleros en relación a las autorizaciones, los permisos trimestrales o anuales y la rotación de puestos, muestra más preocupación en el escenario que avivan, que en el grupo propiamente dicho.

Fotografías 2, 3, y 4
Covachas de artesanías y productos en los bajos del
Palacio de Gobierno y la Catedral (Plaza Grande)



Fuente: Elaboración propia

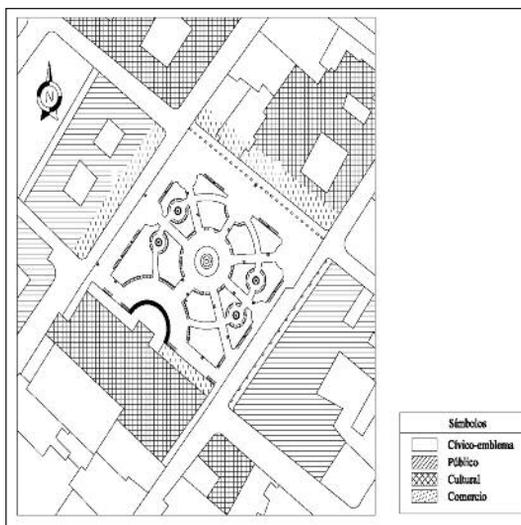


Fuente: Elaboración propia



Fuente: Elaboración propia

Gráfico 1
Especialización comercios/servicios alrededor
de la Plaza Grande



Fuente: Elaboración propia sobre base gráfica de Peralta (1991)

Componente 4: lo cívico. Indicador: trazo de la plaza vs. espacios

En la Plaza Grande, el trazo usa la centralidad, acentuada con la función. Todos los caminos, tanto física como visualmente, se dirigen a un mismo lugar: el emblema de la independencia, de la libertad, que está en el centro. La altura del monumento también contribuye a la jerarquización en la plaza.

Eso es lo que, simbólicamente busca su trazo, pero si lo analizamos desde el punto de vista de lo cívico, la respuesta es la contraria. La forma del lugar divide el espacio al punto de casi desaparecerlo, al menos si lo vemos como espacio de concentración, de encuentros de alta densidad, de grupos que afecten al poder, de búsqueda de acuerdos, de democracia. Los numerosos andenes lo convierten en un espacio de flujos, de paso, con estancias casi individuales o para grupos muy reducidos. Los cuatro puntos que podrían permitir el encuentro casual de aproximadamente 21 personas –y con ello la convivencia, la posibilidad de conocerse, de hacer acuerdos–, se truncan visual y espacialmente con la pila central, que solo deja espacio para la circulación.

El ajardinamiento de la plaza –realizado por García Moreno– se mantiene y se cuida. La razón quizá sea que cumple funciones más importantes que las puramente simbióticas, pues, además de la forma, la fragilidad de sus componentes delimitan con facilidad la formación de protestas.

Fotografías 5
Imagen de la Plaza Grande 1853



Fuente: Jurado 2008

Fotografía 6
Imagen de la Plaza Grande



Fuente: Jurado 2008

Fotografía 7
Imagen de la Plaza Grande 1952



Fuente: Jurado 2008

Fotografía 8
Imagen de la Plaza Grande 2010



Fuente: Elaboración propia

La transformación de la plaza, dentro de la decisión del Plan General de Desarrollo Territorial (Municipio Metropolitano de Quito: 2001) de hacer de la ciudad un nodo en la red global, refleja tan solo un cambio más en toda su historia, con cambios en accesibilidad y usos como ha conllevado siempre. Parecería que la lógica fuera un cambio en lo privado, hacia dentro, y un estatismo en lo público, hacia fuera, o lo que es lo mismo: una priorización del patrimonio sobre el espacio público (Fotografía 5, 6, 7 y 8).

El resultado actual es que la plaza –potencialmente cívica– sigue restringiendo físicamente el acceso a lo cívico, lo cual queda subordinado al libre sentir del funcionario de turno, quien decide si tal o cual manifestación representa o no una amenaza a la integridad del patrimonio. Hasta hoy, por ejemplo, los guardias deben evitar que la gente pise las zonas verdes o coloque en ellas sus pancartas. Eso es efectivo cuando se trata de grupos pequeños, a los cuales pueden manejar, pero cuando se trata de grupos grandes la ciudadanía hace uso de ellos.

Como es lógico, luego del acontecimiento quedan las huellas en la plaza –vegetación quebrada, daños notoriamente visibles–, hecho que difunde una sensación de malestar en los que quedan. Varios de los entrevistados han dicho que se debería evitar las manifestaciones porque dañan

el CHQ. Sin embargo hay que estar ahí mientras pasa, en medio del grupo que grita, que motiva, hay que oír las frases que espontáneamente empiezan a nacer. Al nacer la nueva frase, el grupo la entiende, se apropia de ella, la siente y produce otra nueva. En ese momento todos creen que pueden, que no pararán hasta conseguir lo que los une, realmente lo sienten, se lo proponen y, en algunos casos, lo consiguen. Los que no, ya tienen a sus nuevos amigos, a sus nuevos compañeros de lucha, a sus similares con quienes no solamente ha compartido la plaza, sino un sentimiento. Son esos amigos, los que nacen en el ideal, los que crecen con el ideal, los que realmente tocan al ser profundo, los que llegado el momento pueden defender al otro con gran solidez, con total entrega. Eso se siente en los movimientos que nacen de la cercanía y de la necesidad generada en el contacto entre la gente.

Hoy en día, las nuevas tecnologías de información y comunicación podrían ser muy útiles para unir a la ciudadanía en las plazas de todo un país, no solo de Quito, la ciudad. Se podrían conectar todos para ver y ser parte de lo que pasa, informarse de primera mano, moverse por donde quieran, con un espacio público nuevo y diverso en donde se vea y se viva casi como se vive en la primera fila. Son estos hechos a los que le deben prestar atención los nuevos espacios, pues es esa potencial rapidez de comunicación y contacto –hasta hoy solo privada e individualizada, que silenciosamente se apropia de la ciudadanía y deja morir al espacio público– la que podría ser revertida y usada en beneficio de las sociedades. Si bien el Pgdt 2001 del Distrito Metropolitano de Quito, habla de la necesidad de ser parte de una red de ciudades, como algo simplemente aceptado, dirige sus acciones únicamente al mercado –o mayoritariamente al mercado–, beneficiando siempre individualidades y descuidando a las sociedades.

Quizá estas acciones son más que simples descuidos, pues al Estado no le interesa una sociedad organizada. Se trata siempre de una lucha de poderes: el Estado recibe la fuerza que le da la sociedad, pero ésta, organizada, podría con facilidad quitarle el poder. El mercado también necesita de la sociedad, más solamente de la sociedad que lo hace crecer, no de la sociedad que lo cuestiona. Estados y gobiernos continuamente hablan y proponen una integración global, pero solo hacen uso de la globalidad

a la hora de beneficiar al mercado, sin propuestas, ni siquiera fallidas, que beneficien de manera real a la organización y fuerza social, a la sociedad.

Tras el estudio de las cuatro plazas, se pudo observar que: el Estado ha encendido el motor turístico con la inversión en el CHQ y en importantes campañas de difusión a través de la Corporación Metropolitana de Turismo. El mercado ha complementado el escenario turístico con la inversión hotelera y más infraestructura turística. El resultado ha sido el crecimiento del sector turístico, con más de 400 mil turistas al año, especialmente visitantes de un buen nivel económico (lo dicen las tasas hoteleras con diferencias de 8 a 1 entre hospedaje de lujo y de segunda). Estos visitantes ocupan más servicios y comercios de primera, dejando fuera de los beneficios a la mayor parte de la población, que solo obtiene réditos a través de su trabajo en los servicios que produce este sector hotelero –la creación de un considerable número de empleos que alcanza su tope en el mes de marzo–, es decir un alto beneficio del mercado y lo que le queda a la sociedad de ello. Estos empleos representan sueldos de sobrevivencia, con un promedio de 608 dólares mensuales, lo que siempre será mejor que nada. Resignación que puede estar bien para el individuo, pero no para la sociedad y el Estado, del que la población espera protección.

Su condición de espacio contenedor de actividades legislativas, de gestión, culturales, de comercio y de servicio, hacen que las plazas –de manera especial la Plaza Grande– “mueran” en las noches, convirtiéndose en un museo el cual contemplar. Sólo las covachas bajo la Catedral y alguno que otro insospechado negocio, son testigos de quienes en la noche recorren sus calles.

La plaza de San Francisco es un espacio grandioso con comercios con una rentabilidad irrisible. Se trata de una zona para los más pobres, aunque también sea un espacio para el turismo, la historia o la noticia. En el fondo, es un espacio prácticamente sin vida. Al estar ahí, se hace notoria la disolución de la centralidad por la que actualmente camina el centro histórico: fuga del espacio como espacio público porque ya no existe público o porque existe fragmentado.

La Plaza de Santo Domingo es actualmente la que más pobreza refleja de las cuatro. Tiene pequeños comercios con un bajo o nulo número de clientes, además de un grupo en constante lucha con la prostitución y

la droga (con lo que conviven aunque lo rechazan). Existe un almacén de una gran cadena, el cual abre irregularmente y tiene un bajo número de clientes (no más de 11 ventas diarias, según encuesta).

En la Plaza del Teatro, la situación es distinta a las demás. Durante el día presenta un movimiento medio en relación a las otras plazas en estudio, cosa que cambia en las noches. La Fundación Teatro Sucre dota de vida a la zona con su actividad artística, aunque ésta tenga un alto grado restrictivo, marcado especialmente por el costo. Siendo periódicamente, accesible al sector más bajo de la población gracias a un alto número de eventos culturales al aire libre con buen nivel de convocatoria. Se trata de una de las dos zonas que albergan la vida nocturna en el CHQ. El Teatro Nacional Sucre alberga una actividad muy enriquecedora –teatro, ópera, música–, quizá no apreciada por todos, y menos por el sector popular. No porque no puedan apreciarla, sino porque no han tenido la oportunidad. Porque la sociedad les dibujó como algo a lo que su capacidad, no les permitiría acceder y que su costo, lo confirmaba. Con todo, la importancia del teatro en el lugar es indudable. En días festivos se ofrecen espectáculos de ópera o teatro gratuito a los que un gran sector de la población es invitado a disfrutar y esta responde de manera masiva¹⁶.

En cuanto a la relación entre la política pública y las acciones materiales, la pretensión ha sido buscar efectividad en la recuperación del espacio público dentro de un propósito que manifiesta intención de ciudad nodal, de inserción en la globalización y de uso de las nuevas tecnologías de información y comunicación. Sin embargo, efectividad a ese nivel no existe, pues la plaza sigue siendo tratada en la forma tradicional, como si lo global solo sirviera a lo privado y al mercado, como si la sociedad no pudiera ni siquiera hacer un intento fallido por ser parte de ella. Los cambios y tratamientos en la plazas no son más que una variación de los hechos de siglos anteriores, con alternativas que no distinguen tiempos y que mucho menos son atribuibles a la era informacional que desarrolla

16 La sorpresa de esa gran aceptación me llevó a preguntar entre la gente. ¿Que había esa noche?. La respuesta más interesante y precisa que se pudo obtener se puede sintetizar en: “No sé de qué se trata, pero se puede entrar”, “es gratis”. Ni siquiera sabían si era ópera, si era teatro... no sabían. Pero ya en el evento, el rostro de la gente mostraba que no hace falta saber francés, ni de ópera ni de teatro... Todas las funciones se llenaron.

Castells (1995). En ese estado de las cosas, parecería que han tomado como válido entender que la sociedad ha cambiado radicalmente el modo de satisfacer sus necesidades y a la vez que recuperar el espacio público es estancarlo en su pasado.

El análisis de las cuatro plazas, nos indica deficiencias de heterogeneidad desde el nivel local. Se denota un espacio del que solo se apropia un sector. Las políticas contribuyen a ello. Las medidas que se han tomado en temas como la accesibilidad, los programas que se fomentan, el direccionamiento comercial y demás son formas de permitir y hasta de ser partícipes de la fragmentación de la ciudad, aceptando simplemente que solo es una clase –la menos adinerada– la que busca la plaza, mientras que el resto preferirá espacios privados y costosos. Así, se sigue queriendo recuperar el espacio público de la forma tradicional, para una sociedad tradicional. Eso lo limita a ser un espacio para el marginado, para el que no tiene a dónde ir, para un fragmento de la sociedad.

Las plazas en estudio, al ser parte de un centro histórico patrimonial, viven una doble tensión entre ser espacio público o magnificar el patrimonio. Su tensión, mientras exista un equilibrio, beneficiaría ambos aspectos. A través de la centralidad urbana, se devolvería su función al espacio público, acoplándolo a la sociedad actual y devolviéndole vida al patrimonio para que pueda seguir escribiendo su historia. Hoy en día, sin embargo, estas plazas sirven únicamente al turismo “patrimonial”, que es la forma de sostenibilidad a la que le ha apostado la ciudad. A través de ello, también están sirviendo al mercado, que se beneficia económicamente. Lo que queda para la sociedad es el beneficio emocional (lo que es importante, pero no suficiente).

En una mirada ampliada y como conclusión

El espacio público es tal en medida que posee un uso colectivo, un uso realmente público. La ciudadanía: las organizaciones sociales y políticas, la universidad, las organizaciones de derechos humanos, todos los que se deben a la búsqueda de la verdad y la libertad no pueden permanecer impávidos, mientras este espacio ganado, este lugar conquistado, en pala-

bras de Borja, se diluye y desaparece en una sutil transformación de su función.

Las fuerzas de poder —el mercado, los gobiernos de turno— no están realmente interesadas. El mercado no necesita al ciudadano, necesita al consumidor. El gobierno no necesita al que cuestiona, necesita al que se somete. Tal como están las cosas, la población entra al juego del mercado, los niños crecen junto a una competitiva y audaz fuerza, se envuelven en lo que ésta les ofrece, y casi sin darse cuenta su vida se convierte en una carrera inalcanzable por los bienes que esperan y hasta necesitan consumir. En esta carrera individual, la sociedad diluye sus acuerdos, cada quién busca lo que le beneficia individualmente y la comunidad se desintegra.

No debemos dejarnos deslumbrar por los distintos disfraces que usan las fuerzas que no están interesadas en el fortalecimiento del espacio público, ni podemos dejar que un título como el de “patrimonio” se convierta en la excusa perfecta para hacer que prevalezca la contemplación de éste y se liquide su esencia, su verdadera función.

El espacio, al ser pensado como espacio público, debe ser diseñado para que funcione, para que cree posibilidades de encuentro, para que se muestre amistoso y dispuesto a proteger y albergar al que lo demanda, así como para garantizar el respeto del derecho ciudadano a expresarse, a estar en contra, a apropiarse, a vivir lo que se quiere vivir. Cuando se pide al diseñador del espacio comercial, se exige el enganche a través del escaparate, el cual transmite el mensaje correcto o el esperado por el cliente, multiplicando de esta manera el consumo. Sin embargo, con el diseñador del espacio público se es más benevolente y no se le exige más que unos pocos requisitos, generalmente asociados a la ornamentación que pueda proveer a la ciudad o al prestigio que pueda aportarle. Es necesario pues, crear claras políticas públicas de regulación del espacio público, las cuales deben estar respaldadas por estudios. Así, quienes estén encargados de su diseño tendrán clara su función.

Si la sociedad ha cambiado, el espacio público debe acoplarse a ella y ser parte de este cambio, pero a la vez debe intentar prever a dónde lo lleva ese camino para evitar su disolución. La plaza, como la conocemos hoy en el CHQ, ya no es el lugar a donde todos acuden a informarse, a ser

parte de lo que la ciudad vive. La plaza ha perdido su función. Sin embargo, sigue siendo en la ciudad el espacio potencialmente público. No podemos enamorarnos de la plaza como forma física, para eso están los defensores del patrimonio. Los amantes de la ciudad, de una ciudad en democracia –en donde el patrimonio también tiene su lugar–, debemos ante todo procurar el espacio público sin aferrarnos a la forma, sino al contenido, pues la arquitectura y el urbanismo evolucionan cuando abstraen el contenido y dan paso a una nueva forma, cuando recuerdan que, sin sociedad, el urbanismo no tiene sentido.

Bibliografía

- Benjamín, Walter 1998 *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II* (Madrid: Taurus) Prólogo y traducción de Jesús Aguirre.
- Borja, Jordi 2003 *La ciudad conquistada* (Madrid: Alianza).
- Borja, Jordi 2008 “Espacio público y memoria democrática” en *Seminario espacio público, sociabilidad y espacios de ciudadanía* (Roma: Academia española de Roma).
- Borja, Jordi 2009 *Notas sobre lectura de investigación: espacio público y patrimonio* (Barcelona).
- Borja, Jordi y Castells, Manuel 1998 *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información* (Barcelona: Taurus).
- Borja, Jordi y Muxi, Zaida 2003 *El espacio público: ciudad y ciudadanía* (Barcelona: Electa).
- Calinescu, Matei 2003 *Cinco caras de la modernidad* (Madrid: Tecnos) Colección Neometrópolis, traducción de Francisco Rodríguez.
- Carrión, Fernando 2004 “Los centros históricos en la era digital” en *Íconos* (Quito: FLACSO Ecuador) N.º 20.
- Carrión, Fernando 2005 “El centro histórico como proyecto y objeto de deseo” en *Revista Eure* (Santiago de Chile) Vol. XXXI, n.º 93, pp. 89-100.
- Carrión, Fernando 2006 “El fútbol como hecho social total” en *Área de candela. Fútbol y literatura* (Quito: Ecuador: FLACSO), pp 11-18.

- Carrión, Fernando 2007 “Espacio público: punto de partida para la alteridad” en *Espacios públicos y construcción social* (Santiago de Chile: Ed. Olga Segovia).
- Castells, Manuel 1995 *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, estructuración económica y el proceso urbano-regional* (Madrid: Alianza Editorial).
- Castells, Manuel 1998 “Espacios públicos en la sociedad informacional” en *Ciutat real, ciutat ideal. Significat i funció a l'espai urbà modern* (Barcelona: Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona)
- Córdova, Marco 2005 *Quito: imagen urbana, espacio público, memoria e identidad* (Quito: FLACSO-Trama).
- Cueva, Sonia (2008) Tesis maestría Gobierno de la Ciudad 2006-2008: Espacio Público y patrimonio. Políticas de recuperación en el centro histórico de Quito. (Quito: Flacso)
- De Mattos, Carlos 2006 “Modernización capitalista y transformación metropolitana en América Latina: cinco tendencias constitutivas” en *América Latina: cidade, campo e turismo* (Buenos Aires: CLACSO-Universidad de San Pablo)
- Descamps, Françoise 1994 *La Loma Grande y la Plaza de Santo Domingo* (Quito: Librimundi).
- Jurado, Fernando 1989 *Plazas y plazuelas de Quito* (Quito: Banco Central del Ecuador).
- Jurado, Fernando 2008 *Calles, casas y gente del centro histórico de Quito* (Quito: Trama).
- Ley de Patrimonio Cultural 200) en *Registro Oficial* (Quito) Suplemento n.º 465, 19 de noviembre. En <http://www.ame.gov.ec/frontEnd/images/objetos/ley_patrimonio.pdf> acceso agosto 2009.
- Nietzsche, Friedrich 2004 *Estética y teoría de las artes* (España: Tecnos) Colección Neometrópolis. Edición de Agustín Izquierdo Sánchez.
- Núñez, Jorge, Manuel Damert (2007) Etnografía musical: producción y organización del Quitofest en *Música Danza y Teatro: Lectura desde las Ciencias Sociales* (Quito: Flacso)
- Municipio Metropolitano de Quito (s.f.) Ordenanzas sobre el espacio público del DMQ: 029, 143, 147 y 213.

- Municipio Metropolitano de Quito 2001 “Plan General de Desarrollo Territorial” (PGDT). Documento.
- Municipio Metropolitano de Quito 2004 “Plan Equinoccio XXI. Referente actual de la planificación y desarrollo del DMQ”. Documento.
- Municipio Metropolitano de Quito 2006 “Plan maestro de rehabilitación integral de las áreas históricas de Quito”. Documento.
- Oliveras, Elena 2004 *Estética. La cuestión del arte* (Argentina: Ed. Planeta/Ariel).
- Peralta, Evelia 1991 *Quito: guía arquitectónica* (Quito: Fraga).
- Ramírez, Patricia 2003 *Espacio público y reconstrucción de ciudadanía* (México: FLACSO).
- Samaniego, Pablo 2007 “El financiamiento de centros históricos: el caso del centro histórico de Quito”, en Fernando Carrión (ed.) *El financiamiento de los centros históricos de América Latina y el Caribe* (Quito: FLACSO) 203-243.
- Saraví, Gonzalo A. 2004 “Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural” en *Revista CEPAL* (Santiago de Chile: CEPAL) N.º 83.